

presta un sentido oculto, casi místico, "La Naturaleza es un templo — El hombre allí pasa en medio de bosques de símbolos..."

Allí define los principios y precisa el alcance de la metafísica.

En la segunda estrofa vemos los perfumes, los colores y los sonidos corresponderse. Todas las sensaciones se confunden para revelarnos el sentido oculto de un mundo que nos rodea.

Luego fija los principios y, más aún, el alcance moral (perfumes corrompidos, ricos y triunfantes). Además Baudelaire ha dicho: "Mi alma viaja sobre el perfume como el alma de los otros hombres sobre la música".

Con la expansión de las cosas infinitas el autor nos dice que un deseo, un la-

mento, un pensamiento, pueden despertar una correspondencia en el mundo de las imágenes (y reciprocamente). Entonces la tarea del poeta será seguir su sentido de perfección, percibir analogías, correspondencias, que revistan el aspecto literario de la metáfora, del símbolo, de la comparación, etc. Esas palabras, esas imágenes, que surgen frecuente e inesperadamente, repercuten en nosotros en un sortilegio encantador para alejarnos momentáneamente de la realidad y permitir un conocimiento nuevo del mundo.

La obra de Baudelaire en su principio desconocida, hoy es familiar y admirada. Rimbaud lo había anticipado: "Baudelaire es el primer vidente, rey de los poetas, un verdadero dios". ♦

teatro

"el oído privado" y "el ojo público"

• JUAN CARLOS BRIE

L Teatro Río Bamba ofrece dos interesantes obras cortas del autor inglés Peter Shaffer. Se trata de "El Oído Privado" y "El Ojo Público", distintas ambas en su género e intención, pero a las que une una misma calidad teatral. Shaffer, de quien conociéramos hace un tiempo "Ejercicio para cinco dedos", es un auténtico hombre de teatro. Posee un innato sentido del tiempo, maneja con habilidad las situaciones y conoce a fondo los trucos del oficio. Persigue una línea realista aunque, como buen inglés, evita cuidadosamente caer en el melodrama. Mucho bueno es dable esperar de su juventud (nacido en 1926) y de su talento.

"El oído privado" es una breve comedia dramática que narra el encuentro, aproximación y alejamiento del joven

Bob (Frank Nelson), criatura sensible, introvertida y amante de la música, con Doreen (Mabel Manzotti), muchacha de su edad a quien ha conocido fortuitamente en un concierto. El tema no es muy original, y el final es previsible. Es la forma en que se ha tratado el asunto y la humanidad que chorrean los personajes lo que verdaderamente jerarquiza la pieza, que puede considerarse una auténtica perla en su género.

"El ojo público", en cambio, es una obra mucho más modesta en cuanto a concepción, pero campea en ella un auténtico humor que obtiene, sobre todo en su primera mitad, una franca adhesión del espectador. Carlos Pocoví, que duda de la fidelidad de su esposa Belinda (Devorah Kors), contrata para vigilarla a Julián (Zelmar Gueñol), pinto-

resco detective que sufre del estómago y necesita comer a cada instante. Este enreda las cosas de tal modo, que todo se da vuelta y amenaza convertirse en el caos. Es allí donde Shaffer muestra su garra de autor. Con un par de escenas bien jugadas encarrila la acción y, sin apartarse del esquema farsesco, nos brinda un final más o menos coherente.

Es reconfortante encontrar a un autor joven que no juegue al iracundo y que no pretenda transmitirnos su neurosis en tres actos, que conozca su oficio y que, además, no se avergüence de amar a sus personajes y los acompañe en las vicisitudes de la escena, mostrando sus humanas flaquezas con ternura y simpatía.

La dirección de Yirair Mossian puede calificarse como muy buena. En un escenario muy pequeño movió con mesura a los personajes y dio los tonos exactos. Un trabajo realmente meritorio, que aplaudimos sin reservas.

En "El oído privado", se destacó netamente Frank Nelson en el tímido Bob, enamorado más de un ideal que de una mujer. Néstor Hugo Rivas como Ted, su amigo, elaboró correctamente su personaje, que es la antítesis del otro. Mabel Manzotti como Doreen, poco convincente, ya que actuó con cierta brusquedad, aún en pasajes en que era aconsejable un poco de ternura.

En "El ojo público", Zelmar Gueñol compuso un excelente detective. Es, a pesar de sus vacilaciones en la letra, un verdadero actor, a quien se puede exigir mucho más de lo dado. Lo acompañó acertadamente Mario Pocovi, en un papel poco simpático. En cuanto a Déborah Kors en la sufrida Belinda, evidenció estimables condiciones, pero la perjudica su voz poco adecuada para el teatro.

Sencilla la escenografía de Guillermo Delatorre, para un escenario que no ofrece grandes posibilidades.

La traducción de Virginia Carreño puede ser materia de polémica. En "El oído privado" evidenció un marcado portenismo. Personalmente, lo preferimos así. ♦

andorra

MAX FRISCH lleva al teatro la creencia, que casi todos compartimos, de que no combatir el mal de frente es hacernos cómplices del mismo. En "Los Incendiarios" nos mostraba un grupo de burgueses que, insensibles al sufrimiento humano, no vacilaban en pactar con el enemigo. En "Andorra", recientemente estrenada por Grupo del Sur en el Teatro San Telmo, una sociedad que, llevada por el prejuicio racial, abandona despiadadamente a un hombre en manos de la injusticia y la muerte. El descubrimiento de que ese hombre no era judío, como creían, provoca, en los que apuntalaron su muerte con la indiferencia, una necesidad de descargar su conciencia, sintetizada en el monólogo que precede a casi todas las escenas que componen la pieza.

No por trillado el tema de la intolerancia racial deja de ser interesante si se lo trata con originalidad o con honrada. Pero si bien Frisch acertó el camino en "Los Incendiarios", plasmando una obra inolvidable, en esta oportunidad la inspiración no lo ha acompañado en la forma esperada. "Andorra" es una pieza exageradamente larga. Consta de doce cuadros, pero pudieron fácilmente suprimirse tres o cuatro, que son puramente reiterativos, sin cambiar para nada el sentido ni la unidad. Además, es despareja: hay escenas magníficas, como la del primer encuentro del joven Andri, pretendidamente judío, con el sacerdote, en casa de éste. Y hay otras decididamente burdas o de mal gusto, como la del inspector racial que descubre a los judíos por su modo de caminar.

"Andorra" es una pieza frustrada. Y lo es especialmente porque Frisch se ha apartado de la buena senda. En lugar de mostrarnos al hombre en una de sus facetas, la intolerancia, ha tratado de llevar a la escena tan sólo una idea. Y este es un riesgo insalvable. Veamos lo que dice Paddy Chayefsky en el prólogo de

"El Impresor": "Nunca haga que la historia básica sea el comentario social del libreto. El drama siempre se refiere a las emociones. Si sus personajes tienen también un valor social, magnífico; agrega a la obra otra dimensión, pero eso es todo; otra dimensión".

Queda, pues, "Andorra", como un intento ambicioso y fallido. Será un loable intento de contribuir a desterrar la intolerancia racial. Será también, a no dudarlo, un seguro éxito de público, pero eso no curará su radical endeblez teatral. Deseamos fervientemente que un éxito condicionado a otros factores, no aparte de su camino a un auténtico valor del teatro moderno y lo deje ceñirse, en el futuro, a una obra que pueda considerarse, en su totalidad, como el testimonio de una época y no como el fruto de las circunstancias.

La puesta en escena se debe a Juan Carlos Gené. No es la primera vez que éste nos da una muestra de su inteligencia, llevando a cabo un trabajo encomiable. Es justo destacar que la que nos ocupa es una obra particularmente difícil de armar, y que ha cumplido acabadamente con su cometido.

De los actores se destacaron, de un plantel muy homogéneo, Carlos Gandolfo en el Médico y José Canossa en el Sacerdote. Muy acertados Susana Lanteri en Barblin, Meme Vigo en el Soldado y Augusto Fernandes en Andri. El resto actuó correcta y disciplinadamente.

Luis Diego Pedreira tuvo que resolver, una vez más, el problema de un escenario pequeño, y lo hizo con sencillez y buen sentido.

Acompañaron muy bien los efectos sonoros y luminosos. ♦

arte

óleos de alicia orlandi

● HORACIO SAFONS

NOSOTROS sabíamos, y lo hemos expresado desde estas mismas páginas, que Alicia Orlandi es una buena grabadora, pero no teníamos la misma opinión con respecto de su pintura; por eso nos resulta grato decir que, al contemplar el conjunto de obras que expuso en la Galería Riobbo con el auspicio del Museo de Arte Moderno de la Ciudad de Buenos Aires, hemos tenido que cambiar nuestro juicio anterior, ya que se muestra como una pintora excelente, un valor joven de consideración.

Si se nos preguntara concretamente: ¿Cuál es el planteo sobre el cual trabaja Alicia Orlandi?, y se nos exigiera una respuesta breve e inmediata, diríamos que esta joven artista

- a) desarrolla la búsqueda de su expresión en una estructura de filiación geométrica, en la que

- b) ordena, subordina y relaciona alternancias y variaciones cinéticas, e impone el color-materia con profundo sentido de sus posibilidades y
- c) lo despliega agriamente, sin claudicaciones efectistas, cuidando la
- d) claridad de todos los factores que concurren a dar su composición, que es así resultante de la inteligente y sensible relación de elementos visuales puros.

Puntualicemos escuetamente estas afirmaciones.

En primer lugar hablamos de filiación, porque si bien Alicia Orlandi utiliza formas geométricas y aún dispone construcciones de dichas formas por virtualidad, no son dominantes, ni determinan planteos o elaboraciones geométricas, como tampoco su utilización de recursos ciné-